

INMA AGUILERA

EL ALETEO
DE LA
MARIPOSA

XXI PREMIO DE NOVELA ATENEO JOVEN DE SEVILLA

algaida



El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de Honor), Alfredo Conde, Miguel Cruz Giráldez, Miguel Ángel Matellanes, Ramón Pernas, María A. Prior y Luis del Val. La novela *El aleteo de la mariposa*, de Inma Aguilera, resultó ganadora del XXI Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla.

Primera edición: 2016

© Inma Aguilera, 2016
© Algaida Editores, 2016
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9067-694-3
Depósito legal: SE. 1449-2016
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO I . Una vida feliz	13
CAPÍTULO II. Desconexión	39
CAPÍTULO III. Cambio de planes	63
CAPÍTULO IV. Palabras	115
CAPÍTULO V. Sinestesia	147
CAPÍTULO VI. Un juego	179
CAPÍTULO VII. Cuestión de tiempo	195
CAPÍTULO VIII. Eclosión	233
CAPÍTULO IX. Venganza	253
CAPÍTULO X. Incertidumbre	291
Un verdadero cambio de planes	305

*A todas aquellas personas que creyeron en mí
y que de alguna manera inspiraron esta historia
pero, principalmente,
a aquellos que me dieron la «verdadera oportunidad»
que es la vida:
A mis padres.*

SUS SOLLOZOS Y ALARIDOS ERAN DESGARRADORES.

Hacía ya varias horas que sus piernas habían cedido al peso de la impotencia, y sus muñecas, lacias y doloridas, sucumbieron al inútil forcejeo contra los grilletes. Parecían fabricados de un plástico muy duro, redondeado, concebido para no producir heridas. Pero lo que más lo inquietaba era ese extraño objeto que llevaba en la cabeza.

¿Por qué? ¿Por qué estaba en ese lugar?

Se negaba a aceptarlo.

—¡Soltadme! —gritó otra vez—. ¡Yo no he hecho nada! —aseguró desesperada—. ¡No sé lo que ha pasado, joder!

La verdad, no tenía ni idea. Lloraba por ignorarlo.

Su muerte le dolía a ella más que a nadie.

Su muerte.

¿De verdad... estaba muerto?

¿Él?

Apretó los dientes para tratar de contener las lágrimas. Pero resultaba imposible.

Por más que analizaba, era incapaz de comprender nada de lo ocurrido.

Solo había una cosa de la que estaba completamente segura:

—¡Yo no estoy loca!

Y sus gritos volvieron a ahogarse en aquella acolchada celda de manicomio.

DESDE QUE ERA PEQUEÑA, SIEMPRE INTENTÉ SER COMO los demás querían que fuera.

Imitaba cuanto podía y veía más correcto lo que ellos hacían o pensaban que lo que yo pudiera creer mejor.

Reprimiéndome, consideraba que, más tarde o más temprano, llegaría a ser feliz.

Pero me equivocaba.

No tenía ni idea de lo desgraciada que había sido hasta que comencé a ser yo misma. Ni tampoco del infierno que eso podía llegar a desencadenar.

Me llamo Amalia del Valle.

Y esta es nuestra increíble y singular historia.

La mía... y la del ser más arrogante y manipulador que he conocido.

CAPÍTULO I

UNA VIDA FELIZ

LAS RELACIONES SOCIALES NUNCA FUERON LO MÍO.

No es que fuera una muchacha introvertida, al contrario: era demasiado extrovertida. Siempre tenía algo que decir o que añadir.

Hablar y conversar está muy bien, mientras sepas de qué y con quién estás hablando. Casi siempre, por no decir siempre, metía la pata.

Todavía recuerdo aquella vez que vinieron el alcalde, los concejales y sus señoras al hostel familiar. Yo apenas tendría seis años y miraba curiosa a todos los invitados, sonriendo y conversando sobre sus vidas o negocios en común. Creo que ya por entonces se estaba empezando a manifestar mi peculiar capacidad de observación.

Observar. Observar para poder comentar lo observado. Ese fue siempre mi pasatiempo favorito. Mi mayor don.

Mis padres me llamaron para presentarme a la esposa del político:

—Mira, Amalia, esta es la señora Graciela, la mujer del señor alcalde.

Aquella dama de considerable papada, que parecía llevar por peinado un caniche, me tendió la mano y sonrió mostrando sus dientes, un tanto desorganizados.

Yo dejé su regordeta extremidad colgando. En lugar de estrechársela, entrecerré los ojos y la miré de arriba abajo, haciendo un escáner completo de toda su desagradable presencia. Cuando terminé mi examen, ante la estupefacción de todos los presentes, miré a mi padre y le dije sin pudor:

—A mí me gusta más la morena.

Se les desencajó la mandíbula, sí. El alcalde solía venir muy a menudo a nuestro hostel, acompañado de su joven y hermosa amante: la morena, a mi inocente entender. Contaba con la más absoluta discreción de mi familia, pero yo parecía tener un talento innato para mencionar los asuntos más escabrosos en el momento más inoportuno. Apenas unos segundos después, el alcalde tenía por sombrero la fuente de ensaladilla, y la primera dama local estaba cogiendo un taxi rumbo al despacho de su abogado. Teniendo en cuenta que el salón estaba repleto de periodistas, se lio una buena esa noche. Y yo, detonante de todo aquel percal, no podía sino mirarlos a todos sin comprender qué narices acababa de ocurrir.

Para mí, aquello era la verdad. Y la verdad, la realidad, no era ni mala ni buena, sino solo la verdad. ¿Para qué cambiarla con las palabras si eso no la modificaría? Yo me mostraba tal y como era. No tenía secretos y creía que nadie más debía tenerlos. O quizás lo que me pasaba es que era demasiado ingenua, simple y llanamente.

Por otra parte, otro de mis inconvenientes era la falta de ambición. No sé si mi familia me consideraba más rara por mi exacerbada y torpe elocuencia o por no manifestar ni un poquito de ambición.

Intuyo que eso sí dependió de mi educación.

La familia de mi madre, Mercedes, era una de las más ricas del pueblo. Sin embargo, ella se casó con un granjero, que aunque con muchas tierras, seguía siendo un granjero: Arturo. El que hoy es el campechano de mi padre.

Mientras mis abuelos, mis tíos y mis primos hacían sus vidas en gigantescas casas, rodeados de lujos y comodidades, mis padres y yo disfrutábamos de la vida rural y sencilla que ofrecía la campiña. Mi madre había hecho un hostel de la enorme casa de campo que colindaba con el granero y lo regentaba como un lujoso hotel rural en toda regla. Yo me pasaba la mayor parte del tiempo ayudando a mi padre en la granja.

Fue en el colegio donde me di cuenta de que era diferente a los demás.

Mi gran capacidad perceptiva se hizo incluso más aguda con los años, y eso, en lugar de mejorar las cosas, solo las complicó.

Siempre me adelantaba, tanto a las palabras como a los acontecimientos. Con respecto a las niñas, solía adivinar quiénes les gustaban, por qué les gustaban y por qué no deberían gustarles, por lo que me gané muchas enemistades. No me importó. Encontraba mucho más interesantes los juegos de los chicos. Solía ganar, tanto en agilidad como en ingenio. Los hombres no tenían secretos

para mí. Me parecían mucho menos complicados de entender que las mujeres. Pero, por lo visto, mi singular capacidad de percepción les resultaba tan desagradable a ellos como a ellas.

Me veían como un bicho raro, y la verdad es que yo también.